

Discurso del Profesor, Dr. José Henríquez Almanzar en homenaje a Profesores Emeritos.

Expresar los sentimientos ajenos no es tarea fácil; mucho menos si quien pretende hacerlo debe concretarlos con su propio sentir, de modo que las ideas resulten una genuina expresión del espíritu, y no una simple mezcla o amasijo de palabras.

En esta ocasión, sin embargo, para mí resultará tarea fácil de cumplir, pues no tengo dudas de que los sentimientos de todos los que hoy recibimos el

reconocimiento de la UNPHU, están unidos en un sólo haz, como están compendiados en el brillo de la luz, los diversos colores del iris.

Y es también tarea grata y honradora, porque nada es tan placentero como el participar en una fiesta del espíritu, teniendo al mismo tiempo la ocasión de ser el portavoz del agradecimiento, en representación de personas de tan reconocidos méritos.

Pero a pesar de ello, si la



Profesor, Dr. José Henríquez Almanzar.

misión que estoy cumpliendo resulta incompleta, insustancial o huera, en la consignación de los sentimientos de los que me la han confiado, cárguese a mi torpeza. Si culmina, en cambio, con sobra de exageración, acredítese a los desbordamientos de mi amor a la institución que hoy nos honra como sus profesores eméritos.

En un bellísimo poema, el poeta Franklin Mieses Burgos dice que "cuando una rosa muere, deja un hueco en el aire que no lo llena nada." Esos versos recogen el lancinante dolor que deja toda ausencia, expresado en magistral metáfora poética.

Sin pretender acercarnos siquiera a la exquisita figura retórica del poeta, ¿no sería posible imaginar que con el alejamiento paulatino de sus fundadores y la muerte repentina de los que aún estaban en su misión magisterial, quedará también en el alma de la UNPHU un gran hueco difícil de

llenar?

Ello así, porque tanto los fundadores que ya se han retirado de toda actividad docente, como los que tuvieron que rendir la jornada de la vida, estuvieron tan ligados al tejido vital de esta Casa de Estudio, que no es posible separarlos sin dejar en sus carnes el hueco hondo y doloroso que producen los desgarramientos.

La UNPHU, sin embargo, ha sabido restañar esas heridas con la sangre y el tejido de nuevos profesores que, en muchos casos, son linfa y carne de su propio ser, crecidas en su vientre antes de darlos al mundo como profesionales calificados y ciudadanos moralmente preparados. Otros han llegado imbuídos de esa mística con que los fundadores la gestaron, e infisionados también de los nobles propósitos con que esos quijotes del academicismo le dieron vida; o a traídos, quizás, por ese ideal de concordia que antes de abrir sus puertas ya había enarbolado la UNPHU como una frase bíblica, en el decir de su famoso lema: "TODO AQUEL QUE TENGA ALGO QUE ENSEÑAR O APRENDER SERA BIEN RECIBIDO".

En su libro "Nace una Universidad," publicado en el año de 1975 por el primer Rector de esta Universidad, el Arquitecto José Antonio Caro Álvarez, escrito-según sus propias palabras-a guisa de "historia mínima de los afanes, los sacrificios, los triunfos y los fracasos que hicieron posible ese suceso," el autor inserta un colofón cuyos párrafos finales, al cabo de

los años transcurridos, se me antojan como un mensaje augural para los que, dieciocho años atrás, participamos de esos afanes, sacrificios y fracasos, y nos gozamos con los triunfos; y que hoy estamos aquí, visiblemente emocionados, recibiendo el honorador reconocimiento que la institución nos discierne, después de retirarnos de toda actividad docente. He aquí el mensaje:

“Mucho queda por hacer. Una universidad tiene que estar en continuo cambio y en nuestra época más que en ninguna otra. Pertenece a un mundo en ebullición. No sabemos si estamos viviendo en una civilización que muere, o si somos los actores de civilización que está naciendo. Por la facilidad de los viajes, la rapidéz de las comunicaciones, el hombre no pertenece culturalmente a una parcela, sino que se ha convertido en ciudadano del mundo. De un mundo que cada día se hace más

pequeño. Ese caminar hacia adelante les toca ahora a los jóvenes profesores y alumnos de la UNPHU. Los viejos los contemplaremos con alegría y orgullo. Nos quedará solamente la gran satisfacción de haberles abierto una vía ancha y prometodora, y desearles suerte, mucha suerte, mientras pedimos a Dios que los ilumine para que sigan llevando la UNPHu con altura y dignidad.”

Así concluye el colofón de esa historia mínima, que su autor escribió cuando ya estaba alejado de la Universidad. Lo he querido traer a colación, porque nos toca ahora a nosotros retirarnos a contemplar, también con alegría y orgullo, a los que habrán de venir detrás; a organizar nuestros recuerdos para estratificarlos en el alma, junto a las cosas gratas del pasado; y a rogar a Dios, al mismo Dios a quien pedimos una vez el milagro de la UNPHU, para que ella siga cumpliendo su misión académica con “altura y dignidad.”